



EL GASOLINAZO

Y ALGUNAS REFLEXIONES PARA CORREGIR EL PROBLEMA

 José Manuel Vargas Menchaca*
 Víctor Jurado Acevedo

A finales de 2016, con motivo de la elección presidencial de los Estados Unidos, muchas cosas cambiaron. Otras permanecieron igual. Es común que después de tener un gobierno con un presidente del partido demócrata, el pueblo estadounidense elija como su nuevo presidente a un candidato del partido republicano. Pero ahora, las cosas se pusieron interesantes, porque se eligió a una persona que no estaba directamente relacionado con la política. Esto es: eligieron a Donald Trump, candidato del partido republicano, un empresario que desde su campaña planteó a sus electores un cambio radical en diversas materias. Todo ello firmado y circulado de manera pública en un plan de trabajo para los primeros 100 días de gobierno.

Resulta pertinente observar que las características personales y adjetivos que recibió Trump durante su campaña, hacía pensar a muchos, que su elección como presidente nunca llegaría y probablemente su contrincante Hilary Clinton sí lo haría. Los hechos demuestran que el candidato sí logro su propósito, por lo cual resulta importante identificar algunos elementos de su éxito.

*Doctor en Derecho por la Facultad de Derecho, UNAM. Ayudante de Profesor B en el Seminario de Derecho del Trabajo y profesor de asignatura en la Especialización de Comercio Exterior y en la Maestría en Derecho de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Derecho, Socio de Korporativo Varisa.

En el mencionado plan de 100 días, Trump alude a dos temas de relevancia: seguridad y migración. El primero tiene sus más graves orígenes en los eventos sucedidos en diversas ciudades estadounidenses, el 11 de septiembre de 2001, entre ellas Nueva York y Washington. Lo cual, en conjunto con otros eventos fatales sucedidos posteriormente, como el del maratón de Boston, ha ocasionado que los estadounidenses no vivan tranquilos y en paz. Lo anterior también se ha convertido en un clamor del pueblo por regresar a tiempos mejores.

El segundo tema puede ser causante del primero, si tomamos en cuenta que sus perpetradores fueron extranjeros. Sin embargo, el tema está más enfocado a los migrantes latinoamericanos, quienes buscan el sueño americano, es decir, obtener un mejor nivel de vida en comparación con el que tienen en sus lugares de origen. Problema que, en opinión de Trump, es causado por la falta de estrictos controles de ingreso al país, lo cual, combinado con la falta de infraestructura, conllevan a que los flujos migratorios hacia Estados Unidos sean importantes. Motivo por el cual el presidente plantea la construcción de un muro en la frontera sur.

La migración, en combinación con los efectos de los tratados comerciales que Estados Unidos ha suscrito con otros países, entre ellos el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN o por sus siglas en inglés NAFTA), en opinión de Trump, ha ocasionado el desmantelamiento de la planta industrial y consecuente la pérdida de empleos en las últimas décadas, que al parecer suma alrededor de cinco millones de plazas laborales en más de 20 años de vigencia. Estos elementos son suficientes para que el pueblo estadounidense sea atraído por las promesas de Trump.

Es decir, quién no votaría por alguien que te ofrece seguridad y trabajo. En México tenemos los mismos problemas. El problema de inseguridad en nuestro país se ha vuelto terrible en las últimas décadas, la delincuencia organizada o no, le quita el sueño a muchas familias mexicanas.

Prácticamente todos tenemos un familiar o una amistad, sino es que en carne propia, hemos sufrido los embates de secuestro, robo –incluso en casa habitación– y lo peor el homicidio. Lo mismo sucede con el empleo.

Ninguno de los presidentes mexicanos ha cumplido con sus promesas de lograr un crecimiento económico importante, el cual vaya aparejado con el incremento significativo de empleos. En cambio el aumento de la población, ha repercutido de manera significativa en el deterioro económico de las familias mexicanas.

De este modo, si el candidato a la presidencia de la República mexicana para 2018 ofreciera al pueblo acabar con la inseguridad en corto tiempo y garantizara incremento de empleos bien remunerados en el plazo de un año. Seguramente lograría que el electorado se inclinara a su favor. Para hacerlo tiene que demostrar ser un hombre o mujer de palabra –gentleman agreement–. En la biblia se indica por sus obras los conoceréis. Al respecto, podrá no gustarnos lo que está haciendo Trump, pero seguro sus electores están contentos con sus primeras decisiones.

En el caso de México, muchos presidentes nos han ofrecido estabilidad y crecimiento económico, incluso una baja inflación. Pero los hechos demuestran lo contrario. Así, en el presente gobierno se nos ofreció que los incrementos en los precios de las gasolinas, la electricidad y el gas terminarían, e incluso bajarían, sobre todo para beneficio de las familias mexicanas. Hoy todo se observa como una terrible mentira. Como resultado de lo anterior, que mente enferma pensaría en votar nuevamente por el candidato del PRI, cualquiera que este fuera –hombre o mujer–, si las promesas de campaña no se cumplen.

Seguro los problemas que ahora vivimos son similares a los vividos hace 100 años. Recordemos que este 5 de febrero, se celebra el centenario de la promulgación de la Constitución Política mexicana. Entre ellos, la falta de confianza en los políticos mexicanos, porque sus palabras se las lleva el viento y las decisiones de legisladores –diputados y senadores–, así como del presidente de la República, secretarios de Estado y subordinados, siguen afectando de manera significativa la situación económica y social de los mexicanos.

Al respecto, parece que las decisiones se toman de manera equívoca sin observar cuál es la causa raíz del problema y sin realizar una evaluación sobre las opciones para resolver el mismo. Igualmente sucede con la forma de comunicar y transparentar al pueblo las decisiones que deben tomarse. Es decir, si fueran transparentes y claros, seguro muchos entenderíamos. Sobre todo cuando el cinturón se aprieta parejo para todos; nadie realiza dispendios y justifica el trabajo que



está realizando. En este sentido, me imagino el padre de familia que llega a su casa y le dice a su familia, no me han pagado el salario. Así que pongámosle más agua a los frijoles.

Seguro la madre y sus hijos comprenderían y todos, sin excepción, se sujetarían a esa decisión, porque no hay de otra.

Actualmente todos los mexicanos nos sentimos engañados, porque la promesa de que los incrementos a la gasolina terminarían, duró unos cuantos meses. Incluso creímos su versión, de que con la llegada de empresas importadoras nacionales y extranjeras, competencia de Pemex, los precios de las mismas bajarían. Todo eso fue mentira y las evidencias se muestran desde principios de este año. Los argumentos vertidos por los gobernantes no son creíbles y mucho menos aceptables.

Qué ha sucedido en estas primeras semanas de 2017, muchos funcionarios de gobierno han asumido decisiones similares a mi ejemplo del caldo de frijoles, es decir, proclaman la reducción de sus salarios y de gastos no indispensables. Lo cual todos esperamos que cumplan, pero un tema que también hemos esperado por años, es la reducción en el número de diputados y senadores, los cuales representan una fuerte carga

para las finanzas mexicanas. Donde las noticias sobre los gastos diarios en café y en fotocopias, por mencionar algunos, resultan escandalosos y fuera de toda proporción.

Sobre todo para un país subdesarrollado como el nuestro, donde la pobreza es evidente. Así la iniciativa del presidente de la República y de los legisladores en reducir a la brevedad su número no debe retrasarse más. Seguramente sería una decisión que aplaudiría todo el pueblo de México. Es un buen momento para hacerlo. Con ello seguramente el PRI limpiaría su cara e imagen ante la afrenta causada por el gasolinazo. Decisión que a todos tomó por sorpresa.

Si bien aplaudo la decisión de los gobernantes de reducir sus salarios y gastos no indispensables. Me parece que la decisión debería ser para todos, que el presidente de la República la extendiera a toda la administración pública federal centralizada y paraestatal. Que el presidente de la Suprema Corte de Justicia se sumara e hiciera lo mismo con los funcionarios del Poder Judicial de la Federación. Lo mismo el Poder Legislativo para todos los diputados y senadores federales. Y a todos éstos se sumarían los Gobernadores, sus administraciones y poderes judiciales y legislativos de las respectivas entidades de la República.

Seguramente así estaría el piso parejo para todos. El cumplimiento de lo anterior, podría ser corroborado por los órganos de auditoría y vigilancia de cada una de las entidades gubernamentales. Decisión que en conjunto sería aplaudida por empresarios y la sociedad en general.

Ahora bien, aunque esta decisión es buena y plausible, no me parece suficiente para revertir la situación económica de los mexicanos. En este sentido, aunque entiendo que el problema es complejo, necesita un planteamiento claro y sencillo; así, en el mismo sentido la(s) solución(es) debe(n) ser igualmente clara(s) y sencilla(s). Me explico, la tortilla es un alimento indispensable para los mexicanos; por tanto, lo correcto es que México fuera autosuficiente en la producción de maíz y a su vez contara con las máquinas e instalaciones suficientes para moler el grano y producir las tortillas.

De hecho, en este sentido observamos un grave problema, porque para contar con el grano suficiente importamos maíz. En la parte de máquinas e instalaciones, percibimos, por todo el país hay una gran cantidad de molinos y de tortillerías, las cuales atienden la demanda de tortillas. Al extremo de que en las últimas décadas las tiendas de autoservicio ya se encargan de atender dicha demanda con tortillas frescas, producidas diariamente en la tienda.

No resulta entonces comprensible que 35 años atrás, el presidente José López Portillo le dijera al pueblo de México que las reservas petroleras eran tales, que los mexicanos aprenderíamos a administrar la riqueza. Tampoco se comprende cómo una de las grandes empresas paraestatales del mundo, como lo es Pemex, no pueda garantizar a los mexicanos un producto de calidad y a un buen precio. Lo lógico es señalar que los gobernantes y administradores de Pemex, a los que se suman los legisladores, no han estado haciendo bien las cosas, todo ello en perjuicio del pueblo de México.

La claridad de ideas sobre el tema, se delimita en los siguientes aspectos: i) Identificar los yacimientos de petróleo ii) emplear los medios de explotación y extracción necesarios. Una vez que se tiene el petróleo se requiere iii) contar las refinerías que transformen el petróleo en gasolina; y iv) contar con infraestructura como tanques de almacenamiento, medios de transporte y lugares de expendio y venta de la gasolina.

Los conocedores del tema afirmarán que hay más etapas y que cada una de las mencionadas en el párrafo anterior son complejas e implican dificultades por allanar. Lo cual no discuto, pero es claro, cuando das una orden, no esperas que el encargado u operador te traiga problemas sino soluciones. Te diga el “cómo sí” y no, el “cómo no”.

Recordemos que todos los productos que están en el subsuelo mexicano, incluidos los ubicados en el mar, por disposición constitucional son propiedad de la nación.

Se nos dice una y otra vez, una de las razones del incremento de precio a las gasolinas se debe a que son importadas, entonces el problema es que carecemos de refinerías, o acaso también importamos petróleo. La última vez que escuche sobre la construcción de una refinería en México, por cierto fallida, fue en el gobierno panista de Felipe Calderón. Todavía me sigo preguntado por qué no se construyó.

En fin, el gobierno de México se ha mantenido en que el gasolinazo no tendrá marcha atrás y por tanto debemos vivir con él. Pero a la fecha no se ha divulgado, y seguro tampoco se han realizado acciones, para enfrentar de fondo el problema y asegurar, en el futuro no volverá a suceder. Porque al parecer, lo que quiere este gobierno y los anteriores, es un México importador de gasolinas. Lo cual resulta totalmente inverosímil para un país netamente petrolero. Será que ahora importaremos gasolina de Venezuela o de algún país árabe.

Hasta cuándo tomaremos decisiones acertadas que nos lleven a un México del primer mundo –cuando dejaremos de ser el wanabe (want to be)–, donde los mexicanos confíen en sus políticos y gobernantes y los consideren como la profesión más noble a la que una persona se pueda dedicar para beneficio del pueblo.

Por todo lo anterior, confío en que podamos permear y difundir estas reflexiones y aquellos en el poder tomen las decisiones adecuadas, las comuniquen a los mexicanos y reviertan decisiones como el gasolinazo, todo ello para beneficio del pueblo de México, como un acto que enaltezca el centenario de la Constitución mexicana de 1917. Ese sería el mejor festejo.